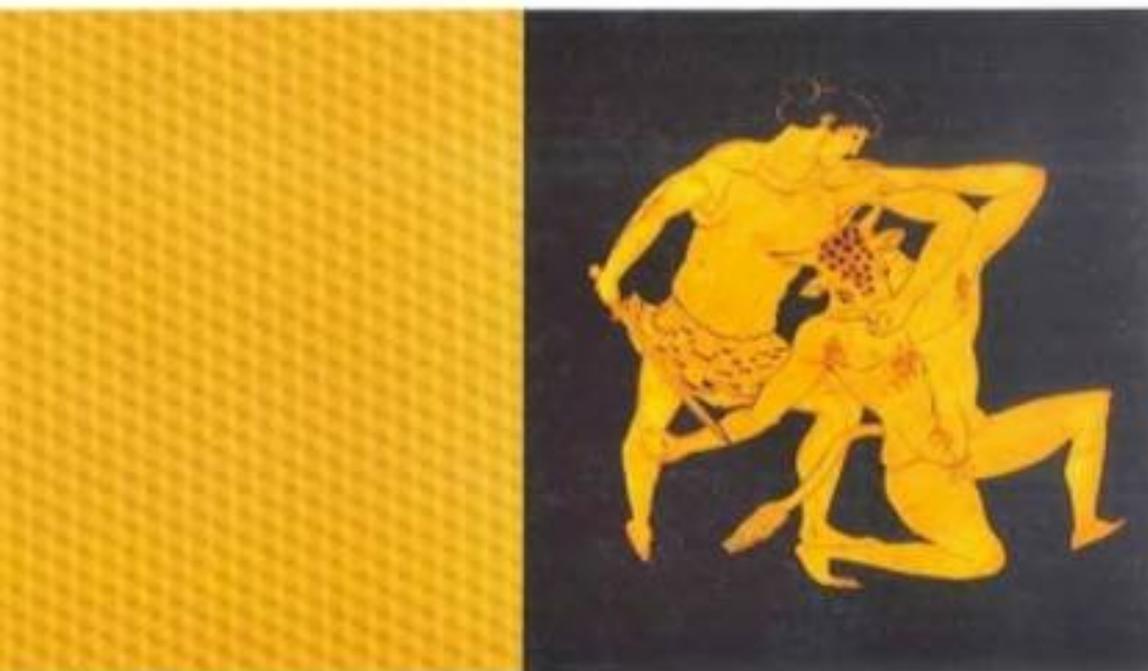


Carlos García Gual
Diccionario de mitos



Los mitos vienen de muy atrás, se heredan e invitan a la reflexión sobre su sentido. Apuntan a algo que está más allá de la realidad objetiva inmediata. Postulan una misteriosa trascendencia. Pueden resultar un tanto extraños, en sus inquietantes paradigmas, y tratan de explicar el mundo a su manera, fantasiosa, plástica y dramática. Ejercen una rara y estimulante seducción intelectual. Los mitos son las mejores historias de nuestro imaginario cultural, las más memorables y las más mágicas. Acaso con un aura arquetípica resuenan en los sueños e imponen sus irisados reflejos en el arte y la poesía. Han inspirado glosas y comentarios sin fin, en su transmisión a través de muchos siglos y escenarios históricos. De las muchas mitologías del mundo, la griega es, sin duda, la más fecunda para nuestra cultura, aquella cuyos personajes y temas nos resultan más familiares. Es una mitología de enorme riqueza y clara fascinación, como aseguran sus múltiples ecos y muchos siglos.

La característica definitiva de los mitos es ser viejos relatos memorables de extraordinaria pervivencia. Como se ha dicho, los mitos habitan el país de la memoria. Es decir, perduran en nuestro imaginario colectivo, con una extraña fascinación, desafiando el olvido. Muchos hunden sus hondas raíces en una antigua religión y persisten luego en los cauces de la literatura a lo largo de la historia. Con su rica carga simbólica y su enigmático mensaje se prestan a recreaciones y reinterpretaciones múltiples, y vuelven a ser evocados una y otra vez en los diversos géneros literarios: en forma épica, lírica y trágica. Así sucedió ya en Grecia, y luego el fenómeno se repite en la tradición literaria occidental. En un código poético y dramático los mitos nos hablan de los eternos conflictos de la condición humana, recurriendo a figuras emblemáticas de dioses y héroes. Son relatos de intenso dramatismo y misterioso encanto sobre las grandes

pasiones y sufrimientos, temores y audacias de unas figuras paradigmáticas, esos personajes inolvidables que van y vienen por los senderos de la fantasía mítica.

Este *Diccionario de mitos* no es un repertorio temático completo, sino un "diccionario de autor", que reúne una serie de ensayos sobre las más famosas figuras de esa mitología antigua y sobre unas cuantas de singular resonancia en la mitología literaria moderna, e invita al lector a la reflexión sobre ellas. Trata de destacar el vivaz atractivo de esas figuras míticas y explicar, y a la vez sugerir, con un estilo claro y sin resabios pedantes, por qué estos antiguos relatos mantienen aún hoy su fantástica seducción en nuestro imaginario cultural.

Para Isabel

A MODO DE BREVE PRÓLOGO

En su primera edición este libro se presentó en una serie de «Diccionarios de autor», textos de muy variada temática y con una fórmula compositiva muy cómoda y liberal, que favorecía un enfoque personal de los temas propuestos y un estilo ameno y poco pedante. En la introducción que entonces, es decir, hace cinco años, redacté y que sigue iniciando sus páginas, se explican bien sus características. No se trata, pues, de un diccionario mitológico más, y no ofrece un repertorio extenso y exhaustivo, sino que sólo presenta y comenta los trazos más significativos de algunas famosas figuras de varias mitologías. Y entrevera famosos mitos arcaicos, de orígenes religiosos, con algunos, unos pocos, de carácter literario moderno. En el conjunto, dominan muy claramente los mitos griegos (son un 80% del total) por las razones que doy en esa introducción. Las figuras que no pertenecen al repertorio helénico clásico podrían ser más, desde luego, y me gustaría haber añadido apuntes sobre algunos otros memorables personajes no menos míticos, como Abraham, Siva, Loki y Tarzán, por ejemplo. Tal vez lo intente en una próxima ocasión.

Las figuras míticas que deambulan por este volumen forman una serie abierta e incompleta, y los artículos son independientes unos de otros. Sin embargo, conviene no olvidar que un mito auténtico está enraizado en una mitología, esa red de relatos tradicionales que viven en el imaginario colectivo de un pueblo y una época. En los mitos griegos actúan sus dioses y héroes una y otra vez. En esos

relatos reaparecen las figuras bien conocidas y familiares al creyente y al intérprete de la cultura clásica, y en su vasto repertorio narrativo se definen por sus mutuas relaciones. Así que conviene recordar que, aunque aquí se presenten sueltos y colocados al azar, sometidos sólo al orden alfabético, orden muy arbitrario, estas figuras helénicas formaban una sociedad mítica y se relacionaban y se imbricaban en la trama de la misma mitología. También un dios como Odín se define por sus actuaciones y relaciones con otras figuras (como Thor, Freya, Balder, etc.) de su ámbito mítico propio, la mitología germánica y nórdica. En fin, que esos mitos son piezas en el *puzzle* de una mitología popular de muy antiguas raíces y creencias.

En esto parecen diferenciarse de las figuras míticas surgidas en las literaturas modernas (que son retomadas luego por el cine en muchos casos), como es el caso de donjuán, Fausto, Carmen y Frankenstein, por ejemplo, que campan sueltas por espacios quiméricos de nuestra imaginación, y forman una serie abierta, susceptible de admitir nuevos fascinantes socios. En estas páginas no he insistido en la fundamental diferencia que puede establecerse entre las unas y las otras, y desde luego son muchos los diccionarios en donde los mitos antiguos y los literarios conviven, como aquí, sin graves estridencias. Ciertamente que, al final de una larga tradición cultural, los mitos religiosos de antiguas culturas pueden ser vistos como meros trasuntos literarios por quien ya no profesa la fe antigua, y considera a los dioses y héroes de antaño como representaciones fabulosas, tanto como las ficciones creadas por algunos escritores. La pertenencia o inclusión de un mito en el entramado de una mitología tradicional es algo que merece ser considerado como un rasgo distintivo muy relevante, cuando se considera una mitología desde un punto de vista histórico, religioso o social. Aquí empleo otra perspectiva, tratando a los mitos como huéspedes familiares del imaginario de nuestra cultura occidental, unos más antiguos, otros más cercanos. No

obstante, he procurado indicar siempre claramente cuál es el lugar de procedencia de cada una de estas figuras míticas y cuál su ámbito de resonancia.

Esta es una reunión de breves ensayos sobre los más intrigantes y memorables personajes míticos, para avivar el recuerdo de sus sagas e invitar a la reflexión sobre tan prodigiosas figuras y sugerir, acaso, algunos de sus actuales ecos y reflejos.

Carlos García Gual, enero de 2003

INTRODUCCIÓN, DE DUDOSA NECESIDAD, PARA LOS QUE GUSTAN DE ELLAS

La palabra «mito» se emplea ahora con significados tan vagos que conviene una previa definición, como cautela e indicación de que vamos a usarla en un sentido preciso. Si intentamos reflexionar sobre sus significados en varios contextos, podemos advertir que sobre su vaga denotación se ponen de relieve ciertas connotaciones. El término «mito» se aplica a algo que parece ser extraordinario, fabuloso, ejemplar y memorable, aunque tal vez poco objetivo, y exagerado, fastuoso y falso. En todo caso, como si el mito mentara (o mintiera) algo que está más allá de la realidad mostrenca, objetiva, dura, empírica y comprobable. Lo mítico aparece aureolado de un halo de fantasía y elevado al ámbito de lo imaginario, y puede así ejercer un mágico y poderoso encanto sobre nuestra actitud frente al mundo. (Puesto que somos, más que realistas, seres emotivos, imaginativos y memoriosos). Pero a la vez parece ser algo peligroso, por esas mismas razones de su prestigio, y frente a los mitos parece que hay que tener algunas sospechas y cierta cautela crítica. Siempre que creemos en los mitos, nos arriesgamos a su seducción enigmática. Algo que ya sabía Platón, que, sin embargo, decía que era «hermoso ese peligro» (*kalòs gàr ho kíndynos*, según el texto del *Fedón*, 114d).

En todo caso, aquí y ahora no buscamos una definición precisa del vocablo, sino sencillamente queremos advertir de antemano que la palabra se ha ido recargando de con-

notaciones varias que pesan más que su denotación original en el habla coloquial y la periodística. Como decía Aristóteles del «ser», podemos decir del «mito» que «se dice de muchas maneras». Tal vez esa multivocidad del término refleja algo que ya estaba en sus mismas raíces; acaso la misma esencia de lo mítico, en relación directa con el ámbito seductor de lo fabuloso, lo memorable y lo imaginario, promueva y facilite esa dispersión semántica.

Pero esa variedad de sentidos no se da sólo en el lenguaje más periodístico y coloquial, sino que la encontramos en los mismos estudios e investigadores de los mitos. Un gran estudioso de los mitos griegos, el profesor G. S. Kirk, en un excelente libro, nos ponía en guardia. Afirma en él que no hay una única definición del término «mito», sino que los especialistas lo definen cada uno a su conveniencia, según su enfoque, procedencia o escuela, según sean sociólogos, psicólogos, historiadores, filólogos, etc. No vamos a entrar en esa discusión. Me parece saludable tener en cuenta en principio esa escéptica advertencia para no ser parciales en el enfoque, pero intentaré, a pesar de ella, una definición.

Me gusta, a este respecto, lo que escribió hace tiempo el novelista Cesare Pavese, un intelectual muy representativo de nuestra época y muy adicto a la mitología griega: «Un mito es siempre simbólico; por eso no tiene nunca un significado unívoco, alegórico, sino que vive de una vida encapsulada que, según el lugar y el humor que lo rodea, puede estallar en las más diversas y múltiples florescencias».

Nos conviene recordar ciertos rasgos esenciales del uso del vocablo, de origen claramente griego. En primer lugar que *mythos* significó originariamente «relato, narración, cuento, palabra». El mito es siempre un relato, que a veces lleva un título: el nombre propio de un héroe o un dios que lo protagonizan, o acaso el del narrador. Es decir, la figura mítica protagonista. El mito cuenta mediante imágenes y

en forma un tanto dramática los hechos de esos protagonistas extraordinarios, dioses y héroes. Esos relatos míticos tienen un perdurable y misterioso encanto para el público ingenuo que los escucha, aprende y rememora, y ve en ellos algo esencial de su cultura y su comprensión religiosa del mundo.

Propongo como definición funcional y válida ésta: «mito es un relato tradicional que refiere la actuación memorable y paradigmática de unas figuras extraordinarias —héroes y dioses— en un tiempo prestigioso y esencial». Los mitos ofrecen unas imágenes que impactan en la memoria colectiva, y que perviven en la tradición, porque sin duda responden a preguntas fundamentales del ser humano y su inquietud ante los misterios de la vida y los retos de la sociedad. Los mitos pertenecen a la memoria colectiva. «Los mitos viven en el país de la memoria», como ha escrito M. Detienne. Los mitos están más allá de lo real y ofrecen una explicación, a su modo y manera, de la realidad. Explicación simbólica, desde luego, y que en muchos casos tiene que ver con las creencias religiosas. Los mitos aclaran, revelan, cuentan lo que está por debajo de lo aparente; con sus historias dan sentido —un sentido humano y en clave simbólica— al mundo que nos rodea. Los mitos hablan de los grandes enigmas y proponen explicaciones en su código figurativo, dramático y fantasmagórico. Eso aclara la presencia del mito en cualquier cultura, e incluso que subsista en la nuestra, frente a la explicación científica del universo, como un tipo distinto de lenguaje y de lógica, como escribe L. Kolakowski.

Los mitos perduran gracias a su fuerza imaginativa y a su repertorio de poderosas y plásticas imágenes. Uno de los filósofos actuales más preocupados por esa perdurabilidad de los mitos, en épocas y contextos diversos, H. Blumenberg, ha escrito muy a fondo de esa permanencia de sus imágenes, su «constancia icónica»: «La constancia icónica es el elemento más característico en la descripción de

los mitos. La constancia de su núcleo esencial hace que el mito pueda comparecer, como una inclusión errática, incluso en el contexto de las narraciones más heterogéneas. El predicado descriptivo de la constancia icónica es tan sólo otro modo de expresar lo que en el mito impresionaba a los griegos: lo que ellos consideraban su antigüedad arcaica. La gran estabilidad del mito asegura su difusión en el espacio y en el tiempo, su independencia del lugar y de la época. El griego *mython mytheisthai* quiere decir recontar una historia no fechada y no fechable, es decir, no localizable en una crónica; pero una historia que compensa esta falta con el hecho de ser por sí misma significativa».

Blumenberg ha insistido en que los mitos, unidos a la fuerza cultural y personal de la memoria, aportan a la visión del mundo *significatividad*, es decir, impregnan de sentido humano la aprehensión de un mundo exterior que de por sí no presenta una significación clara para el hombre. Es obvio que lo que se suele llamar «realidad» es sólo una interpretación de lo que hallamos ante nosotros e interpretamos como tal. Los mitos son una herencia tradicional de relatos prestigiosos sobre lo oculto bajo las apariencias «objetivas». Los mitos tratan de dar a lo que nos rodea un sentido humano. Por eso son tan importantes para la perduración de la colectividad y sus normas, y también para la orientación del individuo en el sistema de las creencias. Pero no vamos a avanzar con nuestro filósofo en esa reflexión profunda. Sino que, dejando ahora esas honduras metafísicas, destaquemos un rasgo importante de sus análisis: los mitos perduran, pero se ofrecen a diversas interpretaciones y reorganizan sus imágenes según sus nuevos contextos. Esas variaciones y recreaciones forman parte de la mitología. Un mito pervive, en la tradición, literaria o popular, manteniendo un esquema esencial y revistiendo nuevos matices y sentidos. Esa capacidad de pervivir y ser reinterpretado es característica de los mitos.

Los mitos griegos son para nosotros —junto con los bíblicos, que están poco representados en este repertorio— los más familiares, aunque ya sean sólo temas y motivos literarios transmitidos por una larga tradición de notorio y secular prestigio. Fantasmas son ya de lo que fueron a los que la literatura presta, en su viaje por el tiempo, nuevos hábitos y disfraces. Temas y emblemas de la antigua mitología clásica perviven así, sueltos o trabados en múltiples relatos, y se prestan a ser recontados, aludidos, y manipulados por la literatura moderna una y otra vez. Los mitos antiguos resultan, a la mirada actual, poco más que pretextos para su recreación como materia literaria. Han perdido su vinculación con la religión y la ideología de la sociedad que los produjo, subsisten desgajados de todo el contexto ceremonioso y ritual que pudieron tener en sus orígenes y de la función social que tenían cuando esa mitología estaba vigente en la sociedad griega antigua.

Siguen, no obstante, guardando a su modo todavía, en su distanciamiento de sus orígenes, cierta aura de prestigio. Son como relatos intrigantes, memorables y paradigmáticos, aunque perviven ya sólo como pecios y reliquias de una mitología antigua, ahora cuarteada y recobrada de modo muy distinto a su pervivencia original. En la antigua Grecia los mitos pervivían en las narraciones de los viejos, de los poetas educadores del pueblo, de las fiestas públicas, en las imágenes de los templos y monumentos, etc., mientras que ahora sólo perduran en una tradición culta, libresca, en una fantasmagoría prestigiosa, pero no popular. Y, sin embargo, aún están ahí, aún nos dicen algo profundo y enigmático sobre nosotros mismos. ¿Por qué, si no, iban a ser memorables después de tantos siglos?

No vamos a ofrecer ahora una clave para interpretar el sentido más hondo y cifrado de esos relatos míticos. Los mitos no son alegorías, no son tampoco historias ingenuas y primitivas. Tienen un simbolismo que hay que interpretar. Simbolistas, funcionalistas, estructuralistas, y eclécticos va-

rios, y hermeneutas teólogos, filósofos, psicólogos y sociólogos proponen sus sistemas descodificadores oportunos. Aquí no tomamos partido sobre ese trasfondo. Al menos, por el momento. Que cada uno ensaye su método y traiga luego a la plaza, a discusión, sus logros.

Hay otras mitologías además de la griega, ciertamente. Si aquí hay una evidente mayoría de mitos griegos, se debe a dos razones: en primer lugar, a que estos mitos son los más conocidos e influyentes en nuestra tradición literaria y, en segundo, a que quien redacta estas páginas es mejor conocedor de esa mitología que de otras, más lejanas y exóticas. (En ningún modo eso prejuzga su interés ni su riqueza imaginativa). Soy consciente de que son muy pocos los mitos bíblicos aquí recordados, y que sólo hay un ejemplo de la mitología germánica. Pero este puñado de mitos son sólo unos cuantos ejemplos, y esta lista de ningún modo pretende ser estricta ni obedece a juicios objetivos de valor. He añadido algunos *mitos literarios* —Perceval, don Juan, Fausto, Carmen, Frankenstein, y alguno más— para ilustrar cómo se forman nuevos relatos memorables y sujetos a reinterpretaciones en una larga tradición, tal y como ya sucedió en el mundo griego con sus mitos.

En fin, no quiero alargar más esta introducción. Como el lector verá, he tratado cada artículo de modo independiente, y con un estilo variable, unas veces más detenido y otras mucho más sintético. El espacio más o menos largo dedicado a cada figura y tema no responde a su importancia en la tradición ni en el conjunto mitológico, sino a razones más bien subjetivas. Me interesaba mostrar diversos modos de contar y analizar esas figuras míticas —tan distintas como los Reyes Magos, las Nereidas, Alcmeón, Ulises, Hermes, Arturo o Supermán, por ejemplo—, y evocar sus imágenes con soltura y sin ninguna falsilla general. Me ha gustado introducir aquí y allá citas de otros textos y libros, de autores antiguos y comentaristas modernos. Porque, en gran medida, éste es —como debía ser— un libro muy influido por

muchas lecturas, y espero que esas citas te resulten, amigo lector, tan sugerentes como me parecieron a mí. Y que te inviten a seguir el rastro de estas figuras míticas.

Es obvio que este *Diccionario de mitos* es, de elaboración muy personal. No tiene pues ninguna intención de competir con repertorios de mitología más didácticos y mejor ordenados y más serios y completos, ni sirve para usos escolares ni académicos. Es sólo para aficionados a estos temas, a la literatura de trasfondo clásico, y para algún que otro amigo, cercano o lejano, del autor.

Hace muchos años puse al comienzo de otro libro sobre un mito griego la frase de Aristóteles en que el filósofo se decía: «A medida que envejezco y me siento más solo, me he hecho más amigo de los mitos». Ahora sé que eso no sólo le pasó a Aristóteles.

Madrid, junio de 1997

Índice

Adán — Adonis — Afrodita — Agamenón — Alcmeón — Alejandro — Amazonas — Antígona — Apolo — Aquiles — Ares — Argonautas — Ariadna — Arimaspos — Artemis — Arturo — Asclepio — Atenea — Atis — Ayante — Ayante Oileo — Belerofonte — Carmen — Caronte — Casandra — Centauros — Crono — Cupido — Dafne — Dédalo — Deméter — Dioniso — Don Juan — Dragones — Eco y Narciso — Edades míticas — Edipo — Eneas y Virgilio — Eros — Esfinge — Europa — Fausto — Fedra — Frankenstein — Gilgamesh — Hefesto — Helena — Heracles (Hércules) — Hermes — Héroes griegos — Ícaro — Isis — Jano — Jasón — Job — Lanzarote — Medea — Merlín el Mago — Musas — Narciso — Nereidas — Ninfas — Odín — Orfeo — Pan — Pandora — Perceval o Parsifal — Perseo — Pigmalión — Polifemo — Poseidón — Prometeo — Reyes Magos — Robinsón — Rómulo — Salomé — Sátiros — Sirenas — Sísifo — Supermán — Tántalo — Teseo — Tiresias — Tristán e Isolda — Troyanas — Ulises — Zeus
